

Vértigo 824

Jorgelina Cerritos

*V Premio de Teatro Latinoamericano George
Woodyard, 2011.*

*A Ricardo Alvarenga
Juan Carlos Carías
y María Elena Majano de Carías
Por haberme sostenido en este viaje.*

*“... y sin embargo se mueve”
Galileo Galilei.*

*Este es el instante por el que se vive
y por el que se muere.
Este es el instante de belleza.*

VÉRTIGO 824

PERSONAJES

La mujer
El hombre
La joven

El vendedor
El indigente
El desconocido
La esposa del hombre
La hija del hombre

Tripulación de cabina

La Tripulación de Cabina se concretizará en las diferentes situaciones a través de

- La aeromoza
- Voz armoniosa de la aeromoza
- Aeromozas 1 y 2
- Holograma
- Coro de aeromozas

Este último deberá ser interpretado con una plástica de movimiento casi danzario.

La acción se desarrolla en la cabina de pasajeros del avión comercial vuelo 824.

Asiento 12A, ventanilla, La mujer. Desorden. Bolso de mano en el piso. Una bufanda, cuadernos de viaje, bolígrafos, una bebida embotellada no carbonatada y una notebook, regados en su espacio. Lleva una pañoleta excéntrica en la cabeza que hace juego con el chal que viste sobre los hombros y la bufanda.

Asiento 12B, al centro, La joven. Peinada y maquillada. Ataviada con accesorios y gafas oscuras. Pequeño bolso de mano y un celular sin señal.

Asiento 12C, pasillo, El hombre. Aire resuelto. Viste traje casual. Un portafolio con catálogos como equipaje de mano.

Al lado los asientos 12 D, E y F vacíos.

Se escucha el sonido del motor del avión que va ganando cada vez más volumen y velocidad.

La mujer: Basta. Basta. Basta. Esta mierda que no para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para. ¡Basta!

El hombre: Basta, basta, basta. Esta mierda que no para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para. ¡Basta!

La joven: Basta... basta... basta... Esta mierda que no para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para. ¡Basta!

La mujer, El hombre y La joven: ¡Vértigo!

Silencio.

Aparece La aeromoza y con su voz armoniosa da la bienvenida a los pasajeros.

La aeromoza: Damas y caballeros, sean muy bienvenidos a bordo. Su vuelo 824 con destino a la ciudad de su preferencia se complace en servirle...

El ruido de los motores hace inaudible a La aeromoza quien presenta a la Tripulación de Cabina y da las pertinentes indicaciones de seguridad. Nada se escucha. De diversos sitios del avión surge el Coro de aeromozas que hace la señalización de las indicaciones: cinturón de seguridad, salidas de emergencia, mascarilla de oxígeno, chaleco salvavidas. El hombre, La mujer y La joven les miran inmutables.

Empieza el ascenso.

Los tres: Basta, basta, basta. Esta mierda que no para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para.... Basta, basta, basta. Esta mierda que no para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para. ¡Basta!

El ruido de los motores cesa.

La aeromoza: ... alcanzando una velocidad de ochocientos kilómetros por hora a una altitud de treinta mil pies. Las condiciones climáticas presentan excelentes condiciones para volar. En caso de emergencia estaremos para servirle. Que lo disfrute.

Coro de aeromozas: ¡Vértigo!

La aeromoza y el Coro de aeromozas desaparecen. Todo queda en silencio.

El hombre se persigna y masculla una oración. La mujer pega la frente a la ventanilla y mira hacia afuera la ciudad que se aleja. La joven permanece inmóvil.

Se escucha la Voz armoniosa de la aeromoza.

Voz armoniosa de la aeromoza: Les informamos que es seguro desabrochar sus cinturones, recordándoles que es preferible mantenerse en sus asientos. A partir de este momento puede utilizar el equipo electrónico permitido.

El hombre desabrocha su cinturón inmediatamente y se estira en su asiento. La mujer permanece con la frente pegada a la ventanilla y La joven inmóvil.

El hombre: ¡Me fascina volar! ¡Me fascina! (*A cualquiera de ellas*) ¿a usted no? (*Ninguna contesta*) Yo lo hago por lo menos tres veces al año desde hace cuatro años. ¡Qué felicidad! Hay que admitir que siempre da un cierto cosquilleo... cierto temorcillo... pero es fascinante de verdad... ¿verdad? (*Mira a su derecha buscando aprobación en alguna de las mujeres. La joven apenas lo vuelve a ver. La mujer no se ha movido de la ventanilla*) Y esa vista, esa vista es formidable, ¿no le parece? (*Ella continúa mirando hacia afuera*) A mí me lo parece. No importa si vengo o si voy, ni cuantas veces la haya visto, esa vista siempre me parece formidable. (*El hombre se levanta para alcanzar a ver algo por la ventanilla. La joven se aparta un poco de su cercanía*) ¡Formidable!

La mujer baja de golpe la ventanilla. La joven, quieta, mira a uno y a otro. El hombre intimidado se vuelve a acomodar en su asiento.

El hombre: Es cuestión de estar agradecido con la vida... ¡Eso es todo!

Surge el Coro de aeromozas.

Coro de aeromozas: Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para.
¡Vértigo!

El coro de aeromozas desaparece.

Silencio.

La mujer con parsimonia abre su notebook mientras busca apuntes en sus cuadernos y hojas sueltas. La joven se retoca discretamente el maquillaje.

El hombre: (A cualquiera de ellas) ¿Y usted viene... o va?

Ninguna contesta. El hombre las mira esperando respuesta. La mujer no se mueve.

La joven: ... vengo...

El hombre: ¡Viene! ¡Qué felicidad!

La joven se queda en silencio.

El hombre: (A La mujer) ¿Y usted?

La mujer respira incómoda.

El hombre: Nada... nada de nada... El que no nada se ahoga... y camarón que se duerme se lo lleva la corriente... Mejor algo de algo que nada de nada... eso le digo yo siempre a mi esposa... y a mi hija, pero no, ella igual, mi esposa, nada, nada de nada... Así que cualquier día se la va a llevar la corriente... como al camarón... ¡En cambio yo!... ¡En cambio yo siempre tengo algo que decirle a la vida! ¡Qué felicidad!

La mujer se bebe de un tiro su bebida embotellada. Va a llamar a La aeromoza pero se detiene. Entre el tumulto de cosas de su asiento se levanta e incómodamente trata de salir hacia el pasillo.

La mujer: Con permiso.

El hombre: (*A La mujer*) ¡Era una broma! (*La mujer alcanza el pasillo y desaparece al fondo del avión. A La joven haciendo referencia a La mujer*) Y a ella, ¿qué le pasa?

La joven: Algo le pasa

El hombre: A todos nos pasa

La joven: No sé

El hombre: ¡A todos nos pasa! ¡Sí que nos pasa! Pero no por eso anda uno cerrándole en la cara a la gente las ventanillas de los aviones...

La joven: ... uno no anda todos los días en los aviones...

El hombre: ¡Uy, uy, uy, usted también! ¡Es un decir! ¡Alegría, alegría, mamita! ¿No la emociona volar? Lo que quiero decir es que uno no puede pararle la cara a otros por lo que le pasa.

La joven: ¿Por qué no?

El hombre: Porque no

La joven: No sé...

El hombre: “No sé”... hay que sonreír, a ver sonría, sonría...

La mujer regresa.

La mujer: Con permiso...

El hombre: Pase... (*A La joven, disimulando, haciendo referencia a La mujer*)
vea, vea, sonreír... ¿qué puede ser tan malo, ah?...

La joven se quita las gafas oscuras y lo mira por primera vez. Él la evade. La mujer vuelve a su asiento con la misma dificultad con que salió. Se sienta y abre la ventanilla. Él toma su portafolio y saca varios catálogos. Los hojea. La mujer copia notas de sus cuadernos a su computadora. La joven, quieta, mira a ambos de reojo.

El hombre: A todos algo nos pasa.

En el pasillo aparece El vendedor:

El vendedor: Señores y señoras, señoritas. Discúlpeme que venga a robarle unos minutos de su amable atención. Yo no vengo aquí a molestarle ni a robarle sus pertenencias, no me tenga miedo. No quiero incomodarle, seré breve. Hace tiempo yo anduve en muy malos pasos pero afortunadamente de los errores se aprende y Diosito que a uno no lo desampara nunca me puso en el camino un Centro de Rehabilitación donde no sólo aprendí un oficio sino también conocí la palabra de Dios...

El hombre: A todos...

El vendedor: Ahora ando aquí con estos lindos separadores que llevan hermosos dibujos y palabras de las Santas Escrituras. Con la compra de estos separadores estará usted ayudando a personas como yo que nos ha tocado vivir en las calles y hoy queremos volver a ser personas de bien. El separador no tiene precio, usted puede darme cinco, diez, quince centavos, lo que sea su voluntad y con eso estará usted ayudando al prójimo, pues como la Biblia dice...

El hombre: El que no nada... se ahoga...

El vendedor: ... es preferible pedir y no robar... Hoy por ti mañana por mí... ¿desea colaborar? Gracias... gracias... hoy por ti mañana por mí... gracias... lo que sea su voluntad... gracias... ¿desea colaborar? (*El vendedor desaparece por el fondo del pasillo*)

El hombre: ... se ahoga... sí, se ahoga... (*A La joven*) ¿Y usted... viene... o va?

La joven: No me acuerdo...

El hombre: ¿Ya se lo había preguntado?

La joven: Sí.

El hombre: Se me había olvidado.

La mujer: ¡Vértigo!

El hombre y La joven: Que nunca para, nunca, nunca, nunca para.

El hombre: Sí, se me había olvidado... ¿No se acuerda?... ¡Qué felicidad!

La joven: ... ¿Y usted?

El hombre: Depende de donde lo mire, vengo pero también voy.

El vendedor: (*Regresando*)... ¿desea colaborar?... gracias... cinco, diez, quince centavos... lo que sea su voluntad...

Abruptamente aparecen las Aeromozas 1 y 2, capturan a El vendedor y lo van arrastrando hacia la salida de emergencia.

El vendedor: (*Jaloneando*)... hoy por ti mañana por mí... señorita, caballero... lo que sea su voluntad... gracias...

El vendedor es arrojado por la salida de emergencia por las Aeromozas, quienes luego se ubican en los asientos 12 D y 12 F y se quedan inmóviles.

El hombre: Camarón que se duerme...

La mujer sigue tomando notas en su computadora. La joven mira al techo. El hombre trata de concentrarse en sus catálogos. Silencio.

El hombre: *(A cualquiera de ellas)*... Es que yo se lo digo a mi esposa, siempre se lo digo, mejor algo de algo que nada de nada, y ella nada... nada de nada. A mi hija también se lo digo... porque camarón que se duerme... y la vida no es para siempre, no señor, no es para siempre... ¿o qué cree usted?

La joven, con la mirada hacia el techo, no se mueve. La mujer deja de tomar notas y mira por la ventanilla. Él desiste.

Silencio.

La joven busca en su bolso de mano. Se retoca el cabello y el maquillaje. El hombre la mira. Ella simula no verlo. La mujer se incomoda.

La mujer: *(A las Aeromozas 1 y 2)* Señorita, la pastilla que le pedí por favor... *(Las Aeromozas no se mueven)*... señorita, la pastilla...

El hombre: ¿Se siente mal?

La mujer: ¿Usted no?

El hombre: ¿Perdón?

La mujer: ¿Usted no?

El hombre: ¿Yo? ¿Por qué tendría que sentirme mal?

La mujer: ¡Y yo qué sé! Pero habla tanto que no hace más que mostrar que se siente mal... *(El hombre va a hablar; La mujer lo interrumpe)* Igual que ella, igual que yo, no se preocupe... Debería también pedir una pastilla.

El hombre: Se equivoca usted...

La mujer: ¿De verdad?

El hombre se queda en silencio.

La joven: ¿Usted es escritora? (*La mujer no le contesta y se devuelve a sus notas*)... es que venía viendo lo que estaba escribiendo... ¿Es escritora?

La mujer: Disculpe señorita, estoy trabajando.

El hombre: ¡Escritora! ¡Con razón! Dicen que todos los escritores son neuróticos y si encima de eso es mujer...

Ambas lo vuelven a ver. Aparece La aeromoza con un vaso con agua y una pastilla en una pequeña bandeja.

La aeromoza: Aquí está su pastilla, señor.

El hombre: ... sólo fue una broma...

Ellas lo siguen mirando. La aeromoza sigue de pie con la bandeja.

El hombre: Gracias. (*Toma la pastilla y bebe un buen trago de agua*)

Silencio.

La joven: (*A La mujer*) ¿Y usted viene... o va?

La mujer: Ni vengo... ni voy...

La joven: ¡Qué dicha!

La mujer: Depende de donde lo mire...

Aparece El desconocido, con un aire de jovial despreocupación. Viste un jeans celeste y una playera blanca. Carga en una mano una chaqueta, también de lona celeste. Lleva el cabello muy corto y engomado. Se sienta en el asiento 12 E, entre las Aeromozas 1 y 2 que continúan inmóviles. La mujer y El desconocido se hunden al mismo tiempo cada uno en su asiento hasta subir el pie en la butaca. Buscan en sus bolsos, sacan un par de gomas de mascar y se las llevan a la boca. Miran por la ventanilla. Sonríen y niegan con la cabeza. Ambos tararean quedamente alguna misma canción. Recordando algo de repente sacan un libro y escriben en el margen superior de la página derecha.

Se escucha la Voz armoniosa de la aeromoza.

Voz armoniosa de la aeromoza: Por favor las personas que bajan en la próxima parada van buscando la salida.

La mujer: ¡Espere!

Voz armoniosa de la aeromoza: Las personas que bajan en la próxima parada van buscando la salida.

La mujer: ¡Espere!

Las Aeromozas se levantan. El desconocido se pone de pie. Se pone su chaqueta de lona y guiña un ojo a La mujer. Sale al pasillo y desaparece al fondo del avión. Las Aeromozas vuelven a sentarse, inmóviles. La mujer vuelve a poner la frente en la ventanilla mirando hacia afuera.

Silencio.

El hombre: *(A La joven)* Es increíble cómo se rebusca la gente... ¿vio al vendedor?

La joven: ¿Cuál vendedor?

El hombre: El de los separadores.

La joven: ¿De los separadores?

El hombre: El que acaba de pasar... ¡Santo Dios!, ¿viene dormida o qué?, ¿no lo vio?

Aparece El indigente. Las Aeromozas se levantan de sus asientos y van a interceptarlo. Ante un gesto suplicante de El indigente ellas se detienen pero rondan muy cerca de él.

El indigente: Agradezco al señor motorista y sus ayudantes por dejarme subir y hablar con ustedes, misis an yentleman... Esquiusmi plis... Ay nid a money fron yu... bicos ay an diported fron los Yunai Estey... *(Poco*

a poco las Aeromozas lo van acercando disimuladamente a la salida de emergencia) Ay jav no guork, ay an jangri... ay jav no jom no fámili... Plis yu guivmi a fay cent or is pósibol una cora... ay jangri... ay nid yur jelp... y nid somsin tu it or guan cofi... senquiu... an jav a nais dey...

El indigente ha desaparecido por el fondo del pasillo. Las Aeromozas vuelven a sus asientos.

Silencio.

La mujer: Señorita, la pastilla que le pedí, por favor...

El hombre: ¿Se siente mal?

La mujer: Tan mal como ella... y como usted...

Los tres: Basta, basta, basta. Esta mierda que no para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para. ¡Basta!

Se escucha la Voz armoniosa de la aeromoza.

Voz armoniosa de la aeromoza: Su atención por favor, estamos entrando en zona de turbulencia. Les pedimos mantenerse en sus asientos y abrochar debidamente sus cinturones hasta que la señal de alerta haya sido apagada. Gracias.

Los tres: Vértigo... vértigo... vértigo...

De todos los rincones del avión surge el Coro de aeromozas, coloca los cinturones de seguridad a los tres pasajeros y los gira en sus respectivos asientos haciéndoles quedar uno frente al otro, al mismo tiempo que transforma la cabina de la nave en un comedor familiar. La mujer adopta el rol de La esposa del hombre y La joven de La hija del hombre. Al fondo, las Aeromozas 1 y 2 ordenan un rimero de zapatos de tacón. La esposa está descalza. El hombre y La hija comen, La esposa mira el plato de comida. El hombre y La hija cruzan miradas entre sí. También miran a La esposa. El hombre poco a poco deja de comer y mira directamente a La esposa. Ella no

lo mira. La hija va a levantarse pero El hombre se lo impide, ella se vuelve a sentar. La esposa deja de mirar el plato de comida y fija la vista en el vacío mientras mece los pies descalzos. El hombre pone de golpe los cubiertos sobre la mesa. La hija se sobresalta. El hombre, de un manotazo, tira el plato de la mesa. La hija deja de comer. El hombre se levanta y toma a La esposa del cabello y le mete trozos de comida en la boca. La esposa apenas se resiste. Cuando se cansa le da una bofetada y le golpea la cabeza contra la mesa. La hija contiene el llanto. El rimero de zapatos se desploma.

Se escucha la Voz armoniosa de la aeromoza.

Voz armoniosa de la aeromoza: Su atención por favor, estamos entrando en zona de turbulencia. Les pedimos mantenerse en sus asientos y abrochar debidamente sus cinturones hasta que la señal de alerta haya sido apagada. Gracias.

Coro de aeromozas: ¡Vértigo!

El Coro de aeromozas coloca los asientos de El hombre y de La hija muy cerca uno del otro mientras las Aeromozas 1 y 2 alejan casi a rastras el asiento de La esposa quien emite un chillido animalesco. El hombre mira a La hija fijamente, le sonríe. Ella le sonríe recelosa. Desde su asiento, él la alcanza y le aparta el cabello que le cubre los ojos. Ella lo evade disimuladamente. El Coro de aeromozas acerca aún más el asiento del hombre mientras inclinan el de La hija lo más posible para alejarla. El hombre en un gran esfuerzo la alcanza y la aprisiona por los brazos. La hija no se mueve. Él la toma por la barbilla, ella se resiste, él trata de manosearla, ella forcejea y se le escapa un grito. El hombre se detiene, mira hacia todos lados. Ella se ha tapado la boca con las manos. Él la mira, hosco. Ella se destapa la boca y se queda quieta. Él le da una bofetada. Ella se queda quieta. Él se acomoda en el asiento. Ella poco a poco se desabotona la blusa y le muestra los pechos desnudos. Él se masturba.

La Voz armoniosa de la aeromoza se escucha ahora con problemas de interferencia mientras el Coro de aeromozas vuelve todo a su sitio.

Voz armoniosa de la aeromoza: ... por favor... z...na de tu...r...lencia... le p...dimos matener... a... s...ntos y... ab.... debid... mete... cinturones... gra... cias...

La cabina se mueve debido a la turbulencia. El hombre, La mujer y La joven se ven ansiosos por la situación de alerta.

El hombre: ¿Qué cosas no?

La mujer: ... qué cosas...

El hombre: Es normal... ya se los decía hace rato... aunque es formidable siempre da miedito volar...

La mujer: Sería una muerte rápida

El hombre: No diga eso.

La mujer: Sería preferible

El hombre: ¡Cállese!... ¿quién está hablando de muerte aquí?

La mujer: ¿Le tiene miedo a la muerte?

El hombre: ¿Usted no?

La mujer: Esa fue mi pregunta

El hombre: Todos le tienen miedo a la muerte

La mujer: Le tienen... ¿usted no?

El hombre: Es un decir

La mujer: Algo debe, por eso le teme

El hombre: ¿Y usted no?

La mujer: Estamos hablando de usted no de mí.

El hombre: ¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Con qué derecho?

La mujer: Con el derecho que nos da usted mostrándonos su cobardía en el temblor de sus manos y...

El hombre: ¿Cómo dice?

La mujer: ... y en los ojos saltones que tiene por el miedo...

El hombre: Mire señora...

La mujer: Con el derecho que nos da el soportar su mal aliento desde que se sentó ahí y empezó a resoplar como un cerdo mientras le ve las tetas a la señorita...

El hombre: ¡Señora!

La mujer: ... y con el derecho que me tomo yo cuando me veo ante un ser despreciable como usted con vida...

El hombre: *(Perdiendo el control)* ¡Vieja estúpida!

El Coro de aeromozas aparece inmediatamente.

La mujer: Y qué, ¿a mí también me va a pegar?

El hombre: ¿También?... ¿qué quiere decir con también?...

La mujer: No sé... dígame usted...

El hombre: Nada... no quiere decir nada...

La mujer: Sería una muerte rápida.

La joven: Señora... por favor...

La mujer: ¿Qué?

La joven: Es que si la llama puede venir

La mujer: Ella llega aunque no la llamen... de eso puede estar segura... Es como una de esas personas entrometidas que llegan cuando una no las espera.

La joven: ¿No le teme?

La mujer: No

La joven: Yo sí

El hombre: Yo también... sí, le tengo miedo... y no es que deba mucho... mi mujer y mi hija... nada más... nada... Pero nadie quiere morir... al menos no hoy... no todavía... todavía no...

La joven: (*A El hombre*)... ¿y usted viene o va... ?

El hombre: ... depende de donde lo mire... vengo... pero también voy...

La joven: (*A La mujer*) ¿Y usted?

La mujer: Yo ya estoy muerta. Ni vengo ni voy.

Los tres: Basta... basta... basta... Esta mierda que no para... Que nunca para... nunca... nunca... nunca... nunca para... basta...

Aparece nuevamente El desconocido, quien es ahora un hombre de una belleza extraordinaria. Viste el mismo pantalón de lona celeste y playera blanca pero muy ajustados al cuerpo. Esta vez lleva el cabello largo, desarreglado. Depilado el arco de las cejas y los labios delineados. Su apariencia provoca una fuerte presencia que evoca un ser casi mitológico pero dibujado al estilo ánimo. Incluso llega a confundir si es hombre o mujer. Se detiene en el pasillo, observa a su alrededor y fija su mirada en La mujer. Ella, sin despegar de él sus ojos, busca a tientas sus cuadernos. Al fondo aparecen las Aeromozas 1 y 2 que vienen tras él.

La mujer: ¡Espere!

El desconocido vuelve a guiñarle el ojo. Las Aeromozas se acercan.

La mujer: ¡Espere!

Se enciende una pantalla gigante al frente del avión donde aparece un fondo que semeja el cielo.

La mujer: ¡Espere... espere... por favor!... ¡Usted... usted... espere!...

Las Aeromozas están por alcanzarlo. El desconocido se atraviesa la pantalla, de espaldas se detiene, se vuelve y sonríe. Dentro de la imagen desaparece.

Aparece el Holograma de una mujer muy sensual. Es la Voz armoniosa de la aeromoza. Provoca la ilusión que habla directamente a El hombre, a La mujer y a La joven.

Holograma: Les ruego permanecer en sus asientos y les invito a disfrutar conmigo de un excitante paseo por hermosas playas paradisíacas y paisajes exóticos, todos de nuestro propio planeta. Planeta 824. Usted vuela con nosotros y nosotros abrimos las alas para usted. Planeta 824, donde el pasajero perfecto es usted. Donde no hay fronteras y el amo del mundo ¡es Usted!

En la pantalla se presentan imágenes de paisajes mientras el Holograma repite la invitación. De todos los rincones del avión surge el Coro de aeromozas. Mientras las imágenes y la voz continúan, el Coro de aeromozas ejecuta una serie de sonidos y movimientos agrestes, dando lugar a una especie de danza macabra. En el ínterin levantan por la fuerza a El hombre, a La mujer y a La joven. Los mantienen maniatados de rodillas. A La joven la retienen separada de los otros.

La joven lanza un escupitajo y habla con otra voz mientras las imágenes y el Holograma continúan inaudibles.

La joven: ¡Una puta, qué rico... me encontré una puta nuevecita! ¡Hoy voy a estrenar! Vení, vení cosita... tocame el pajarito... ¡Ay mamacita! ¿qué pensaste cosita? ¿que te ibas a escapar? ¡qué pendeja! Cachimbo como vos agarro todos los días y mirá... de patitas de regreso... Pero eso sí, como viniste no te vas virgencita, yo te voy a hacer el favor... ¡mi putita!... Y si te dejás por donde más me gusta tal vez te dejo pasar... Abrí las patas

pues... abrí las patas pues mamacita que las ganas sí que nos las vamos a quitar...

El Coro de aeromozas suelta a El hombre y a La mujer. Arreglan sus uniformes y salen. La joven se queda en el suelo.

La joven: Yo sólo quería llegar. De mi pueblo a la capital, de la capital a la ciudad, a esa enorme ciudad que no me acuerdo ya... que ni me quiero acordar... Siete días me tardé en ir y regresar... Mis abuelos empeñaron todo, todito para juntar la paga... La casa, la vaca, hasta la ternerita de mi hermana... y no me dejaron entrar... Iba de turista, hasta gasté dinero para vestirme bien. Dijeron que a quedarme iba y no me dejaron entrar... Volamos tres días, nos pasamos ese gran charco, que le dicen, y dos días nos tuvieron encerradas, sin dormir, sin comer... ni siquiera nos dejaron bañar... Yo sólo quería llegar... Ahora cómo regreso, si hasta fichada vengo, como delincuente me sacaron fotos... En la casa peor vamos a estar, vos sos la esperanza me dijeron, cómo voy a regresar... Por eso lo intenté de nuevo, por eso me le di al policía ese, le di lo único que tenía como mujer, para que no me regresara hasta aquí... Ni siquiera por puta me dejaron entrar...

La joven se levanta. El hombre y La mujer la arreglan casi paternalmente. Ella se vuelve a su asiento y abrocha su cinturón. La invitación del Holograma vuelve a ser audible. El hombre y La mujer vacilan, las Aeromozas 1 y 2 los llevan a sus asientos y les abrochan sus cinturones. Los tres miran las imágenes de paisajes que continúan en la pantalla. El Holograma va saliendo hasta perderse en el fondo de cielo. El desconocido aparece de nuevo en la pantalla, de espalda. Se vuelve y mira pero esta vez no sonríe. La mujer no dice nada. El desconocido desaparece.

Silencio.

El hombre: Mi esposa está en mi casa, esperándome. Cuando llegue, como siempre, no dirá nada. Nada de nada, pero estará contenta de verme. Me necesita. Siempre me ha necesitado. Empezamos juntos en el negocio de los zapatos pero ella no creía que llegaríamos tan lejos. Venta de nuestra propia línea por catálogo. Encargos a diestra y siniestra. El próximo paso es internet, pedidos por internet, encargos por internet, ventas por internet.

Es formidable. Camarón que se duerme se lo lleva la corriente y a mí no me llevó. ¡Jamás me llevó! Ahora somos internacionales y mírenme aquí volando tres veces al año mientras ella me espera en casa impaciente. La niña ya no está en la casa, se fue bien luego, un día dijo que quería vivir sola, sola y lejos, a la americana, y yo pues... no me negué, su mamá tampoco. Tampoco ese día dijo nada. Así que ahora tengo dos casas. La de la vieja y la de la niña. Qué más se puede pedir, ¿no? A veces vengo a veces voy, vengo y voy, siempre. Como si nada... Nada, nada de nada, ninguna de las dos dirán nada pero estarán contentas de verme.

La mujer: ¿Y qué, a las dos las pone a chuparle la verga?

La joven: Vértigo vértigo vértigo vértigo vértigo vértigo

El hombre: Basta basta basta basta basta basta

La joven: Que nunca para que nunca para que nunca para

El hombre: Vértigo vértigo vértigo vértigo vértigo vértigo

La mujer: Basta.

Se enciende nuevamente la pantalla, aparece La esposa del hombre, descalza.

La esposa del hombre: Un día me cansé y dejé de hablar para siempre

La mujer: La belleza

La esposa del hombre: Y decidí no ponerme nunca más un solo par de zapatos

La mujer: El instante de la belleza

La hija del hombre aparece en la imagen junto a su madre.

La hija del hombre: Un día me cansaré y dejaré de hablar para siempre... pero no sé si podré dejar los zapatos, para siempre.

La mujer: Los veinte años... las veinte horas... los veinte minutos de belleza...

El hombre y La joven lanzan un grito que da la sensación de perderse en el vacío.

El hombre y La joven: ¡Vértigo... .. !

Irrumpen en el pasillo El indigente y El vendedor. Su actitud, ahora un poco hosca, se irá volviendo cada vez más agresiva y violenta.

El vendedor: Mi compañero y yo venimos a quitarle nada más un momento de su atención.

El indigente: Sequiu al señor motorista y las chavitas ayudantes por dejarnos subir a hablar con ustedes... (*A El hombre, La mujer y La joven*)... Hey, shit, con ustedes, ¿por qué se hacen los locos?, con ustedes...

El vendedor: Andamos con estos separadores que llevan dibujos de las Santas Escrituras. Con la compra de estos separadores usted ayudará a personas que vivimos en las calles pero queremos ser personas de bien.

El indigente: La neta, míster, es que no queremos volver donde asustan, nos queremos regenerar y no le queremos hacer mal a nadie, ¿cachai?

El hombre, La mujer y La joven tratan de ignorar la situación.

El vendedor: El separador no tiene precio, usted puede darnos lo que le de la gana

El indigente: Lo que sea su voluntad... ¿Siñora?... ¿siñorina? Chincue o diechi chéntime ¡per favore!

El vendedor: Cinco, diez, quince centavos, pues como la Biblia dice... El que no nada se ahoga... ¿verdad compadre?... ¡Ah, sí, el que no nada se ahoga!.... Así que rapidito ve, vayan buscando algo en sus carteras...

El indigente: Güi nid a money fron yu may broder... bicos güi ar diported fron los Yunai Estey... un navon pa de trabai... ¿understan? Trabai... navon pa de trabai...

El vendedor: Hoy por ti mañana por mí... y camarón que se duerme se lo lleva la corriente... buscando en las carteras pues...

El indigente se acerca a La joven.

El indigente: Güi ar diported fron Niu Yor, ¿cherto princhipesa?... Fron Torono y fron Los Anyeles, fron París, fron Chayna, fron Italia an Espein, fron Chile, Argentina y Uruguay, fron Asha, Africa y Oceanía... Eu teño fami...

La mujer: ¡Señorita, la pastilla que le pedí!

El indigente: Güi ar diported fron evry wer... ¡fron la Torre de Babel! ¡Fron todas las ciudades hermosas del mundo!... ¡Fron de worl! (*A La joven*) ¿Verdad mamacita? Chincue o diechi chéntime, por favor... done muá...

El vendedor: (*A El hombre*) ¿Y usted viene o va?... ¿viene o va?... ¿qué, no me oye? Conteste pues, ¿no que tenía tanta gana de hablar? ¡Hable pues! ¿Viene o va?

El hombre: Vengo... eh, voy... no sé... no tengo por qué contestarle a usted...

El indigente: Güi jav no guork, ay an jangry... un navón ni meson ni famiye... no te paniquiès bato, pasate un bara y quedamos cheles, fay cent, una cora or guan dólar, guan euro... ay jangry... ye fan... güi nid somsin tu it... a pis of queic or a jamburger, ¡pitzza, tacos, macaroni!... ¡arepas, guacamole! ¡pupusitas!... un matecito para tomar, ¡chicha, vodka!... una sopa minestróni o lasaña boloñesa... shuchi... ¡Ayeint nu tem trabalio!... ¡Ich bin junjrinch!... ¡junjrinch!... ¡Tengo una puta y jodida hambre!...

El vendedor: (*A La mujer*) ¿Y usted?... (*A La joven*) ¿y vos? ¡Contesten pues! ¡puta! ¡contesten hombre!... ¿vienen o van? ¿o ya no entienden el español? ¿Ya se los había preguntado? ¿Ya se los había preguntado? ¡Contesten!...

El indigente: ¡Va temi guacho! ¡La saqua'te farfari sik rulo pä!... ¡Malditos! Fack yu! Gat demet! ¡Veto zur jaila bastard! ¡Sik rulo pä! ¿Comprenden? ¡Rulo pä, rulo pä! ¡Tagbo sumj gata lei, gata lei, gata lei!...

El vendedor: *(A los tres)* ¿Le tienen miedo a la muerte? ¿Tienen miedo a morir? Sería una muerte rápida... Si usted muriera hoy ¿adónde iría?

El indigente: Filio de puta, ¡gata lei!

El vendedor: ¿Al cielo o al infierno? *(A El hombre)* ¿al cielo o al infierno? ¡Conteste!

El indigente: ¡Al infierno!

La mujer: No le conteste.

El indigente: ¡Al infierno!

El vendedor: ¡Contésteme!

La mujer: No lo haga.

El indigente: ¡Repondé batarg modi!... ¡Repó fis de piut!... ¿No me escuchan?... ¡Jeponda! ¡Ansgüer! ¡Antuorten si! ¡Risponda! ¡Sacbal xi tunh!

El vendedor: Conteste.

La joven: Por favor déjenlo en paz.

El vendedor: ¡Cállense malditas cotorras... a él le estoy preguntando!... ¿A dónde?... ¿A dónde?

El vendedor golpea a El hombre. La joven se esconde en La mujer. La mujer se queda en silencio.

El hombre: Al infierno

El vendedor: ¡Al infierno!

El indigente: ¡Lang ferg! ¡Torre de Babel! ¡Lang ferg!

El avión entra en zona de gran turbulencia. Entra el Coro de aeromozas y hace una especie de danza de marionetas cantando mecánicamente.

Coro de aeromozas: Esta mierda que no para. Que nunca para, nunca, nunca, nunca para... que nunca para. ¡Basta!...

El vendedor: ¡Silencio!... ¡silencio!... ¡No quiero hacerles daño!

Coro de aeromozas: Que nunca para, nunca, nunca, nunca para... que nunca para, basta, basta, basta, basta. ¡Vértigo!...

El vendedor: ¡Silencio!

Coro de aeromozas: ... que nunca para, basta, basta, basta, basta. ¡Vértigo, vértigo!... Que nunca para, nunca, nunca, nunca para... ¡Vértigo, vértigo, vértigo, vértigo!...

El indigente: ¡No queremos hacerles daño!

Coro de aeromozas: ... que nunca para, basta, basta, basta. ¡Vértigo!... Que nunca para...

El vendedor: ¡Váyanse al infierno!

El indigente: ¡Go tu de jel!

El vendedor saca un arma larga de fuego y El indigente un puñal.

El indigente: ¡Ahora van a morir por sus pecados!

El Coro de aeromozas se detiene y se pone en guardia. El hombre, La mujer y La joven permanecen en medio de la situación.

El vendedor: El que tenga las manos limpias que tire la primera piedra.

El indigente: El que tenga las manos bien limpias que tire la primera piedra...
El que no me haya escupido, el que no me haya apedreado...

El vendedor: El que no me haya excluido, el que no me haya rechazado...

El indigente: El que no me haya deportado, ni juzgado, ni burlado, ni violado, que tire la primera piedra.

El vendedor: El que no me haya robado el único bocado, el que no se haya inyectado, el que no haya matado un niño de hambre que tire la maldita primera piedra.

El indigente: El que no haya escrito un verso de mierda mientras caga

El vendedor: El que no haya perdido su tiempo como pendejo jugando a la cocinita

El indigente: El que no se haya tirado un pedo

El vendedor: El que no se haya tirado un puto pedo hediondo a su madre...

El indigente: ... y que no haya dicho que fue la madre de otro la que se lo tiró...

El vendedor: ¡Que tire la primera piedra!

Silencio. Nadie se mueve.

El indigente: ¡Por eso son ustedes los que van a morir apedreados!... ¡Por eso los matarán a ustedes, hijos de puta!

El vendedor: ¡Por eso les cortarán la cabeza y las dejarán en la plaza en bolsas negras de poliuretano hasta que alguien las reclame!

El indigente: ¡Por eso les cortarán la lengua, los quemarán en los microbuses, les cercenarán los güevos y las chiches y los agarrarán a balazos por la espalda!

El vendedor: Por eso me cago en ustedes y me pajeo la verga...

El indigente: Por eso me corto las venas y me chupo la sangre...

El vendedor: Por eso vomito a la fuerza...

El indigente: Por eso huyo...

El vendedor: Por eso chilló como bicho perdido...

El indigente: Por eso tengo hambre...

El vendedor: Por eso pido...

El indigente: Por eso sueño...

El vendedor: Por eso robo...

El indigente: Por eso...

El vendedor: Por eso...

El vendedor y El indigente se echan a llorar. El Coro de aeromozas se acerca a ellos y con cautela los va haciendo rodar hacia la salida de emergencia por donde los arroja al vacío. Todo vuelve a la quietud.

Silencio.

El hombre y La joven: (A La mujer) Y usted... ¿viene o va?

La mujer: Ni vengo... ni voy...

La mujer pega la frente a la ventanilla y mira hacia fuera. Se enciende la pantalla. Al fondo, el cielo encapotado sobre un lago plomizo. Sopla una fuerte brisa de playa. En el acantilado, de espaldas y sin ninguna pretensión, aparece El desconocido en absoluta quietud. Mira una tropa de barcos que se aproxima deslizándose sobre el agua. El cabello, ahora sobre la nuca y al natural, se le revuelve fresco con el viento. Respira apacible. La mujer lentamente deja la ventanilla y mira la pantalla. Descubre a El desconocido. Se desabrocha su cinturón de seguridad. Se acerca a la pantalla y contempla el paisaje. El desconocido se vuelve y la mira. Sonríe. La mujer se vuelve a El hombre y a La joven. Los mira.

La joven: No vaya

El hombre: Puede ser peligroso

La mujer: Yo ya estoy muerta.

La mujer avanza. El desconocido le extiende la mano. La mujer la toma y entra en la pantalla. Sopla el viento. El hombre y La joven se desabrochan sus cinturones y se acercan a ver. La mujer se toma del brazo de El desconocido. Él la toma fuertemente por la cintura. Ella es ahora parte de la imagen. Las ropas de ambos se transfiguran en una vestimenta blanca, impecable, que recuerda imágenes griegas. La mujer se expande. El cabello se le revuelve con el viento junto al de El desconocido. Ambos sonríen. Los barcos apenas avanzan. Una golondrina vuela contra la corriente. Juega. A lo lejos se escuchan las velas y el estruendo de batalla. El hombre y La joven se acercan poco a poco y se toman del brazo.

La mujer: Este es el instante. Este es el instante de belleza. Como la golondrina contra el viento. Feliz, ajena a la batalla. Este es el instante. Este es el instante por el que vivo y por el que muero. Como el agua y como el viento. El instante. Las horas. El tiempo. Mis veinte horas, mi tiempo, mi nada. Este es el instante de belleza que no existe en ninguna otra parte. Que cabe aquí entre la golondrina y el abrazo... Efímero... Volátil... Total. Que sólo existe aquí, más allá del tiempo y del verso. Más allá de todo. Este es el instante de belleza...

La imagen va perdiendo brillo. El viento poco a poco deja de soplar. La pantalla se apaga. La mujer queda en el vacío. La golondrina cae. El hombre y La joven se separan.

La mujer: Ya no recuerdo cómo era la vida antes de esta puta enfermedad...

En la pantalla aparece la palabra Vértigo. Se vuelve intermitente y luego se apaga.

La mujer: Ya no recuerdo cómo era la vida antes de esta puta enfermedad.

Silencio.

La mujer: Me estoy pudriendo. Por dentro y por fuera me estoy pudriendo. No hay cura. No hay remedio. Ni siquiera hay espacio para el dolor.

La joven: Usted es escritora.

La mujer: Una escritora, un libro, una enfermedad. Una mierda. La vida es una mierda. ¡A quién le importa!... Una vida de mierda. Una ficción donde lo único real es la mierda. Porque la mierda sí que apesta, ¿verdad?

El hombre regresa a su asiento.

La joven: ¿Y la belleza?

La mujer: Ficción

La joven: Acabamos de verla

La mujer: ¿Ah, sí? ¿a dónde?

La joven: Ahí

La mujer: ¿A dónde?

La joven: A través de usted... y de él...

La mujer: ¿De quién?

La joven: Del hombre que estaba ahí con usted

La mujer: La belleza, ¿no? (*A El hombre*) ¿Qué opina usted?

El hombre se abrocha su cinturón.

El hombre: No sé... yo no sé...

La mujer: ¿No sabe? ¿Usted no la vio?

El hombre: Que no sé... le dije que podía ser peligroso...

La mujer: La belleza es sólo una golondrina muerta

La joven: Revívala, para eso es escritora

La mujer: Yo ya estoy muerta

Se escucha la Voz armoniosa de la aeromoza mientras las Aeromozas 1 y 2 chequean los asientos.

Voz armoniosa de la aeromoza: Damas y caballeros, gracias por preferirnos. Su vuelo 824 con destino a la ciudad de su preferencia está próximo a arribar. Les pedimos mantenerse en sus asientos y abrochar sus cinturones de seguridad. Así mismo mantener los respaldos en posición vertical y suspender el uso del equipo electrónico no permitido. Dentro de breves instantes estaremos volando sobre la ciudad de su preferencia y le estaremos dando las indicaciones para el aterrizaje.

El hombre se persigna y vuelve a mascullar una oración. La mujer pega la frente a la ventanilla y mira hacia afuera la ciudad que se acerca. La joven permanece inmóvil.

Empieza el descenso.

El hombre: ¿Y si alguna de ustedes se va conmigo?

La joven apenas lo vuelve a ver. La mujer no se mueve de la ventanilla.

El hombre: ... el negocio va bien, la venta por catálogos jamás va a ser sustituida por el internet. Y si así lo fuera, igual, ese será nuestro próximo paso. ¡Al fin y al cabo ustedes hablan más que mi hija y mi mujer!

La mujer: Yo no uso zapatos de tacón

El hombre: (A La joven) ¿Y usted?

La mujer: Y ella no quiere irse con usted

El hombre: Lo digo en serio... de verdad...

La joven mira al techo, La mujer por la ventanilla.

El hombre: ¿Y entonces?

La mujer: Y entonces ¿qué?

El hombre: No sé, dígame usted

La mujer: No se afane, ¿cuál es la prisa?

El hombre: Es que... no sé... es una corazonada...

La mujer: No es una corazonada. Es miedo.

El hombre: ¿Miedo a qué?

La mujer: A la muerte

El hombre: No vuelva con eso

La mujer: A la muerte. A una muerte larga. Larga y segura

El hombre: ¿Dolorosa?

La mujer: Dolorosa. Segura, larga y dolorosa... Al menos de eso se puede estar segura

La joven: ¿Ustedes le temen a la muerte o al dolor?

El hombre: Al dolor.

La mujer: A la nada.

La joven: La belleza...

La mujer: La belleza es una golondrina muerta.

Silencio.

El hombre: Mi mujer me está esperando en casa... y mi hija también... siempre ha sido así...

La joven: A mí nadie me está esperando. No saben que vuelvo.

El hombre, inquieto, saca un cigarro y sin encenderlo hace como que fuma. Las dos se le quedan mirando.

El hombre: Cada quien tiene su forma de quitarse los nervios...

Silencio.

La mujer: ¿Y si se hace pasar por mí?

La joven: ¿Como?

La mujer: Hágase pasar por mí

La aeromoza se acerca. Ellas guardan silencio. Le quita el cigarro apagado a El hombre y sale.

La joven: ¡¿Cómo?!

La mujer: No sé... cuando lleguemos... podríamos bajar separadas... vamos al baño, ahí nos encontramos... No nos hablamos pero usamos el sanitario de al lado. Por debajo nos pasamos la ropa y las maletas de mano. Usted usa mi ropa y yo la suya. Se pone maquillaje y los lentes oscuros que traía... ¿ya no los tiene?...

La joven: ... eh, sí...

El hombre: ¿Qué están pensando? Puede ser peligroso, ella viene deportada, es ilegal.

La mujer: ... avanzamos hasta migración, lo más lejos posible una de la otra, hacemos como si no nos conocemos, como si nunca nos hemos visto. De hecho al salir del avión sería la última vez que nos veríamos... después...

no me reconocería. Cuando nos chequeen nos perdemos entre la gente, usted sigue y yo ya veo...

El hombre: Ustedes están locas

La mujer: *(A El hombre)* Usted no sabría nada, no se preocupe. *(A La joven)* Allá afuera habrá alguien con un rótulo con mi nombre, no me conocen, yo podría verme de cualquier manera. A usted nadie la está esperando, nadie se asustará si no llega. Usted me da la dirección de sus abuelos, desde algún lugar yo puedo escribirles cartas mientras me dure la fuerza y la conciencia... luego, cuando yo... ya no pueda... entonces dejarán de llegar las cartas como hace cualquiera que se va...

El hombre: Mejor véngase conmigo

La mujer: Yo le doy mis libros, mis notas, mi dinero. Le hago llegar mis escritos por internet y se pone a estudiar... eso sólo durará unos días, dos semanas mientras esté aquí, o si quiere antes, se reporta enferma y cancela todo, qué más me da a estas alturas empezar a quedar mal. Luego toma el pasaje de regreso y usted también desaparece... donde sus abuelos, no sé, donde quiera.

La joven: No sé...

La mujer: No crea que la desaparición de una escritora desconocida, de un país infeliz y desconocido va a ser gran noticia. No, apenas nadie notará mi ausencia.

La joven: Pero yo no podría seguir con lo suyo... escribir la belleza...

La mujer: Olvide la belleza, ya se lo dije, no existe. Además, a nadie le importa. Y por mí no se preocupe, yo ya estaré muerta... Háganos ese favor, así usted vive feliz y yo muero en paz... ¿qué tal?

El hombre: No le haga caso, jamás funcionaría, aparte de enferma está loca

La mujer: No sabrá si funciona si no lo intenta. Nada puede salir mal

El hombre: Vénganse conmigo, ya le dije. Ya perdió hasta su virginidad, ¿qué más puede perder?

La mujer: Usted es un cerdo

El hombre: ¿Qué le pasa? ¿Quiere que también me la... a usted?

La joven: (*A El hombre*) ¿Y a cambio, qué me ofrece?

El hombre: Mi vida

La joven: No es gran cosa

El hombre: Su salvación

La joven: ¿Y qué gana usted?

El hombre: Deshacerme de mi hija y mi mujer

La mujer: Ella no puede salir, viene deportada, ya lo dijo usted. Tendría que esconderla siempre y usted tampoco se la va a jugar por ella. Después de tirársela, en cualquier parte la va a dejar, en cambio yo...

El hombre: En cambio usted ¿qué? ¡Le ofrece que se vuelva su fantasma!

La mujer: Le ofrezco la libertad.

El hombre: Usted lo hace por vanidad, para seguir viviendo después de su muerte.

La mujer: Y usted por codicia, por lujuria y por cobardía... En todo caso ¿quién no quiere vivir después de la muerte?... ¡Por eso nos inventamos a Dios!

El hombre: Está loca... Loca, enferma y hereje.

La mujer: ¡Y como usted es tan devoto, verdad!... Hipócrita.

El hombre: No hay ninguna diferencia entre usted, ella y yo.

La mujer: La única diferencia entre usted, ella y yo es que nosotras enfrentamos la verdad... Nos desollamos el pellejo y nos vemos frente al espejo de la verdad. Nos lanzamos al dolor, al riesgo. En cambio usted, permanece quieto como un imbécil, sentado y oculto. Miente, se encubre, se justifica, engaña...

El hombre: Yo sólo quiero ayudar.

La mujer: Usted sólo quiere salir ganando.

El hombre: Usted también.

La joven: (*A El hombre*) De todos modos no me gusta usted.

El hombre: ¿Y qué? Es sólo una transacción, como una venta por catálogo, eso es todo... Igual que con el policía... arriesgó y perdió...

La mujer: Entonces no vuelva a perder...

La joven: No sé...

El hombre llama a La aeromoza.

El hombre: ¡Señorita! ¡Señorita! ¡Llame a la policía!... ¡Hay un deportado por aquí!...

Nadie acude.

La mujer: Cállese

El hombre: ¡Señorita! ¡Señorita!

La mujer: ¡Que se calle! ¿Qué le pasa a usted?

El hombre: ¡Lo mismo que le va a pasar a usted!, ¿no se da cuenta? ¡Señorita!

En ese instante el avión pierde compresión. Hace una maniobra brusca para mantener altura y evitar el descenso. Se enciende la pantalla. El Holograma trata de restablecerse.

Holograma: Gracias... gracias... p... por... grac...ias.... les pe...dimos...
manten...erse en... en... sus asientos y... ab...rochar debida... mente s...s...
sus cinturones... de seguri...daddd...

La cabina de pasajeros queda en penumbra.

El hombre: ¿Qué?... ¿qué sucede?...

Suena una alarma ensordecedora. Del techo de la nave caen las mascarillas de oxígeno. El hombre, La mujer y La joven permanecen expectantes. La Tripulación de cabina se ubica en el pasillo y muestra el uso de las mascarillas y los chalecos salvavidas. El avión hace cada vez más tumbos en el aire. El Holograma continúa tratando de restablecerse con dificultad.

Holograma: h...ta que... q... hasta que la señal de... .. la... la... la señ... señal
de... a...lerta... haya sido ap...gada... gracias...

La joven: ¿Qué sucede?

La Tripulación de cabina muestra las salidas de emergencia. Los motores cobran fuerza. Se escucha un golpe seco. Una ventanilla se rompe. Una golondrina revolotea contra la corriente.

La mujer: Es la hora.

El hombre: ¿La hora? ¿Cuál hora? ¿La hora de qué?

La joven: La hora.

El aire se empieza a colar en la aeronave. Suenan las alarmas de emergencia. El avión da muestras de pérdida de control. La ráfaga de viento aumenta.

La aeromoza: Por favor... mantengan la calma... manténganse en sus
asientos... es sólo zona de turbulencia... favor mantener la calma... Les

pedimos mantenerse en sus asientos... en sus asientos... la calma en sus asientos...

Los tres: Basta, basta, basta. Esta mierda que no para. Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para...

Coro de aeromozas: ¡Vértigo! ¡Vértigo! ¡Vértigo!

Los tres: Que nunca para. Nunca, nunca, nunca. Nunca para. ¡Basta!

El avión se viene evidentemente a pique. El Coro de aeromozas se descompone, hay alarma, gritos, histeria, alerta, peligro, medidas de emergencia, pánico, picada. La golondrina revolotea.

El hombre: ¡Señorita! ¿Qué sucede, señorita?

La joven: *(A La mujer)* ¿Entonces?

La mujer: *(Buscando en su bolso)* Entonces ¿qué?

La joven: ... lo del plan... ¿qué?

La mujer: Ya no importa... ¡Señorita!... *(Sigue buscando)* ¡Señorita!...

El hombre: Espérese, yo la estoy llamando primero... ¡señorita!

La joven: Sí importa, al igual que antes nadie nos espera...

La mujer: ¿Qué dice?

La joven: ¡Que sí importa! Nadie nos espera... ni siquiera a él.

El hombre: *(Tratando de desabrochar su cinturón)* No se meta conmigo... ¡Que alguien haga algo, sáquenos de aquí!...

La joven: Será una muerte rápida... eso quería usted...

La mujer: Lo que yo quería era no morir... ¡Señorita, la pastilla que le pedí!...

El hombre: ¡Sáquenme de aquí!

La joven: Todos queremos eso pero siempre llega... usted lo dijo, así tenemos algo para estar seguras... Deme su ropa, cámbiese...

La mujer: Déjeme, ya no importa... ¡La pastilla!

El hombre: (*Luchando por abrir el cinturón*) ¡Sáquenme de aquí! ¡Yo no he hecho nada! ¡No quiero morir!

La joven: (*A El hombre*) ¡Cállese! ¿qué le pasa? En eso hubiera pensado antes. (*A La mujer*) Y usted, no sea tonta, de qué le sirve la pastilla ahora... Todos queremos vivir después de la muerte pero no sabremos si existe si no lo intentamos. Deme su ropa.

La mujer: ¿Aquí?... No, no puedo...

La joven: ¡Apúrese!

La joven se empieza a desvestir. La mujer, con la frente en la ventanilla no se mueve. El hombre se mea en los pantalones.

El hombre: ¡Dios!... ¡Dios!... Todavía no... no todavía...

La mujer: (*Llamando*) ¡La pastilla... la pastilla!...

La joven: La belleza.

La mujer: No, déjeme, aquí no puedo... usted no entiende... no puedo...

La joven: Este es el instante por el que se vive y por el que se muere. Este es el instante de belleza.

La joven intenta desvestir a La mujer. Ella no se deja.

La mujer: No me toque... déjeme...

La joven: Hágalo usted pero apúrese...

La mujer: Es que yo... es que no...

El hombre: ¡Señorita! ¡Señorita!... ¡Ayuda!... ¡Aquí hay alguien deportado... y yo me estoy cagando en los pantalones!... ¡ayuda... ayuda!...

La joven: ¡Cállese!... Camarón que se duerme se lo lleva la corriente, ¿se acuerda?... pues ahora sí se lo llevó... (*A La mujer*) No hay tiempo, apúrese...

La mujer la detiene.

La mujer: Es que yo... yo ya estoy muerta...

La mujer se quita la pañoleta. Tiene unos cuantos jirones de cabello en la cabeza y su rostro se transforma en el rostro de la muerte.

El hombre: ¡Oh, Dios!

La joven: La belleza

La mujer y La joven se miran en silencio. Dudan. Aparece el Holograma de la sensual mujer que representa la Voz armoniosa de la aeromoza. Se desviste. El hombre mira extasiado la pantalla. La mujer también se desviste. El hombre se percata.

El hombre: ¡Por Dios!, ¡Oh, por Dios, sáquenme de aquí!... Malditas perras, están locas, están más locas que la puta de mi mujer y de mi hija... sáquenme de aquí... ¡Sáquenme de aquí!...

La mujer se queda sin fuerzas a medio vestir. La joven la cubre con su chaqueta. Toma la pañoleta de La mujer y se la pone en la cabeza.

El hombre: La culpa es de ustedes, por eso vamos a morir, por sus pecados todos vamos a morir... La primera piedra, yo les lanzo la primera piedra... ¡Perras... putas... callejeras!... ¡Asquerosas perras callejeras!... Maldito el día que me sentaron aquí con ustedes... maldita la hora en que empecé a hablar con ustedes... ¡Al igual que a Adán, ustedes me dieron a comer de la manzana!...

El hombre se derrumba y llora.

La joven: Un asco, usted es un asco. Decrépito y desgraciado. Aquí todos comimos de la manzana. Aquí todos vamos a morir. ¡La hora del circo ha terminado! ¿Quién hizo su mejor número? ¿Quién?... Un asco, todo es un asco. ¿Para qué la vida? ¿Para qué este viaje sin regreso? La vida dura lo que dura y en un instante se acaba. El mismo instante que tarda una arruga en surcarnos el rostro. El mismo instante en que se rompe un himen intacto. El instante en que el suicida se corta las venas. En el que se traga un bocado de caviar o un bocado de nada. El instante que dura la belleza. ¿Para qué la vida? ¡La puta vida de mierda que dura lo que dura en la infinitud cósmica del tiempo!... ¡Oh, Zeus, oh, Apolo, oh, Jesucristo Dios de los Ejércitos, hacia dónde se llevaron el tiempo! El negro Hades del Infierno nos espera más allá del Barquero, de donde no hay regreso... ¡Deje de berrear y cálese! ¡Me insulta su miedo!... Hombres que golpean a sus mujeres, que acosan a las hijas de las vecinas y que serían capaces de acostarse con sus propias hijas, si no se escondieran en la cobarde idea de mantener su imagen santa mientras se masturban con la conciencia tranquila... y a la hora de las horas ¡se cagan del miedo! En eso no pensó antes, ¿verdad?, en el miedo. En el miedo de sus hijas, de sus mujeres, de sus putitas... En la culpa del miedo, en el miedo del miedo. Nosotras vivimos con el miedo. Pues ahora que voy a morir ¡no tengo miedo!...

La joven, lentamente, se empieza a desvestir.

La joven: El sol inexorable seguirá corriendo, el viento indolente seguirá soplando, aunque yo me haya hundido en el silencio y esté muerta. ¿Para qué entonces la existencia, si el tiempo de la muerte siempre llega?... ¡Ahora que voy a morir no tengo miedo!... Me amarro como hombre los pantalones y al miedo le escupo la cara. Todos tenemos la vida contada pero lo olvidamos en la ilusión de los tiempos. Todos tenemos un puesto ganado en el infierno por haber nacido en este tiempo desdichado... Ahora que voy a morir, me rasgo las ropas y acribillo al miedo...

La mujer llora.

La joven: Mírela a ella... abra los ojos y mírela a ella... Ella también llora, ella también teme, ella también muere... ¡Nosotras morimos siempre!...

En la pantalla aparece la imagen de La mujer y El desconocido tomados del brazo, mirando los barcos desde el acantilado. Sopla el viento.

La joven: ¡Ah, mujer!... Mujer infeliz de cuerpo seco que inventa personajes que no existen para revolcarse en su dolor con la esperanza de curarlo...
¿Quiénes somos? ¿Qué nos hemos hecho? ¿En qué nos hemos convertido?
¿Dónde quedó la belleza? ¿Dónde quedó la belleza más allá de nuestras ilusiones viejas? ¿Dónde la esperanza alegre de niña que revolotea?
¡Todos! ¡Todos estamos enfermos y todos morimos siempre... y seguimos teniendo tanto miedo a la muerte! ¡Que venga! ¡Que venga la muerte!
¡Al fin y al cabo ya no recordamos la vida antes de esta puta enfermedad!

La imagen de La mujer y El desconocido se va desfigurando. La mujer y La joven, ambas desnudas, se abrazan.

En la pantalla aparecen imágenes de la historia de la humanidad: el hombre en la luna, el holocausto Nazi, la caza de ballenas, el tsunami de Indonesia, los mineros de Chile, cuerpos de mujeres cernadas, pornografía infantil, el cabezazo de Zidane...

Sobre estas imágenes aparecen también las imágenes de La mujer repitiendo “Vértigo, vértigo, vértigo”... de El hombre diciendo “Que nunca para, nunca, nunca, nunca para”... y la del Coro de aeromozas “Basta, basta, basta”, mientras la proyección continúa...

Matrimonios gay, Vargas Llosa recibiendo el Nobel, la caída del muro de Berlín, el calendario Maya y el 2012, el hundimiento del Titanic, Charles Chaplin, el hongo de la bomba atómica, el nacimiento de un bebé, un beso francés, terremoto en Haití, la hambruna del África...

Las imágenes se van confundiendo entre sí.

Se escucha el estruendo del avión que se estrella.

En la pantalla aparece la imagen de La joven en 3D y con una voz que se pierde en el espacio sideral evoca la frase “Y sin embargo, se mueve”... Inmediatamente su imagen se fragmenta en átomos de energía.

Una destello enceguecedor inunda la escena. Entre el humo y los escombros, como muñecos fúnebres, se vislumbran los cuerpos de La mujer, El hombre, La joven y La tripulación de cabina. En la pantalla se lee débilmente, intermitente, "Vértigo 824", mientras la golondrina se golpea contra la pantalla tratando de salir..